

CAPITULO XXXVII.

Fernando I de Castilla y Leon.—Concilio de Coyanza en 1050.—Confirmacion de los fueros de Leon y de Castilla.—Famosa batalla de Atapuerca.—Sitio de Alcalá de Henares.

FERNANDO I, hijo de Sancho el Grande de Navarra poseia las dos coronas de Castilla y Leon y con ellas el mas extenso y dilatado reino de España.

Los leoneses no podian amarle al principio de su dominacion, mas de tal modo procedió el castellano, tan nobles cualidades poseia, tan digna y generosamente portóse con ellos, que concluyó por ganarse completamente su afecto.

Los buenos fueros que les otorgara Alfonso V, confirmóseles nuevamente añadiéndoles otros nuevos, y aun en algunos documentos les halagó anteponiendo el título de rey de Leon al de Castilla.

Hubo sin embargo algun magnate de aquellos avezados ya á las conspiraciones y á las revueltas, que trató de sublevarse contra el monarca; pero Fernando, que tenia tanto de prudente y magnánimo como de valiente y justiciero, supo mostrarse tan enérgico, que presto quedó sofocada aquella intentona y en paz los dos reinos.

Al mismo tiempo que así cortaba el mal de los trastornos y de las contiendas civiles para lo sucesivo, dedicábase en cuanto era dable á moralizar las costumbres, á restaurar las antiguas leyes góticas y fomentar el órden y la disciplina eclesiástica.

Algunos historiadores, y aun el mismo P. Mariana indican que desde los primeros años de su reinado dedicóse Fernando á hacer la guerra á los musulmanes, pero ni las crónicas árabes señalan tan pronto estos acontecimientos, ni los cronistas españoles mas antiguos se expresan en ese sentido.

El Concilio celebrado en Coyanza (Valencia de D. Juan), en 1050, demuestra el interés de este Monarca por los asuntos del reino y lo que procuraba su bienestar.

Presidieron el Rey y su esposa D.^a Sancha, asistiendo todos los prelados, abades y magnates, constituyendo una de aquellas asambleas mitad políticas mitad religiosas de que ya nos hemos ocupado en la época gótica.

Trece cánones ó decretos ordenáronse en este Concilio, de los cuales á su tiempo nos habremos de ocupar, todos ellos importantes tanto bajo el punto de vista político como bajo el religioso y civil.

Toda la primera parte del reinado de Fernando la invirtió en asegurar la paz de su reino, en reprimir para lo sucesivo cualquier tentativa de insurreccion, en captarse las simpatías y el afecto de sus súbditos, en renovar la legislación visigoda en armonía con las nuevas necesidades, con el nuevo adelanto y progreso de la sociedad de su época y en atender á la educacion de sus hijos.

Dos hijas y tres hijos tenia de su matrimonio con D.^a Sancha, y tanto á Urraca y Elvira, que eran aquellas, como á Sancho, Alfonso y García, que así se llamaban estos, haciales educar con arreglo á las costumbres de sus tiempos y á los principios de la mas sana moral.

Las primeras empresas de este rey antes que poder luchar contra los infieles que era su verdadero deseo, tuvieron desgraciadamente que dirigirse contra los individuos de su propia familia.

Su hermano D. García el de Navarra no podia ver sin envidia el extenso dominio de Fernando y la bienandanza y prosperidad de que en él se disfrutaba. Por mas que procurase acallar sus impacientes deseos ocupándose en embellecer á Nágera, donde tenia establecida su corte, la ambicion y la envidia le torturaban, gritábanle mas alto que la razon y la justicia, y bien pronto por desgracia, le ofuscaron, lanzándole en una senda donde no habia de encontrar mas que la deshonra y la muerte.

Enfermó D. García, tal vez á consecuencia de la misma excitacion que sentia, que á veces las comprimidas pasiones y los inquietos deseos suelen influir en el organismo humano, y D. Fernando, sabedor de su estado pasó á Nágera á visitarle (1053).

La presencia de su hermano, la ocasion que se le ofrecia teniéndole en su misma casa y á su merced, tal vez hiriendo con mas fuerza su calenturienta mente, produjéronle pensamientos siniestros, que no tuvo la prudencia de ocultar y que fueron un aviso quizás para Fernando, quien apresuradamente abandonó los estados de García y regresó á su país.

Por una coincidencia extraña el rey de Castilla enfermó poco tiempo despues, y el navarro, sin haber abandonado sus siniestros proyectos pasó á devolver la visita á su hermano.

Cuales fueran las intenciones que á Castilla trajera, cuales los odiosos planes que hubiera dispuesto realizar, no nos los describen los antiguos cronicones, mas indudablemente pruebas muy palpables debiera tener el castellano, cuando procedió á su detencion encerrándole en el castillo de Cea.

Con esto no evitó el mal el rey de Castilla y Leon. D. García pudo evadirse de la prision, y corriendo hácia sus estados reunió sus hombres de armas y comenzó á devastar las fronteras de los dominios de su hermano.

Este no creyó ni prudente ni digno seguir la misma senda que el navarro en su ciego rencor y en su vengativa saña le trazara, y envió al campo de García varones esforzados y entendidos que le demostrasen todo lo repugnante de aquella empresa, á fin de que le hicieran desistir de ella.

Pero empeño inútil. El navarro no escuchó consejos, no atendió á la inferioridad de fuerzas en que iba á encontrarse si el de Castilla ponía en movimiento las huestes de este punto unidas á las de Leon, y sin respetar el carácter de que los enviados iban revestidos hízoles aprisionar.

Cuando aquel rapto de cólera se le hubo calmado comprendió todo lo infuso de su accion, y mandó ponerles en libertad, diciéndoles: «Andad, id ahora á buscar á vuestro señor, que cuando yo «venza os volveré á traer prisioneros como ovejas de un rebaño.»

Empero no le valió á García ni el valor de sus soldados, en que tanto confiaba, ni el auxilio de los musulmanes que le ayudaron con gran golpe de gente, cuando sus armas se cruzaron con las de su hermano.

Viendo Fernando que sus gestiones no dieron el resultado apetecido, reunió sus tropas y cuando D. García llegó á Atapuerca, situada á cuatro leguas de Búrgos, ya tenia establecido á corta distancia, su campo, el rey de Castilla y Leon.

Ansioso este de evitar el combate, envió de nuevo á su hermano dos varones ejemplares, san Ignacio, abad de Oña, y santo Domingo de Silos, pero tampoco obtuvieron nada, y al dia siguiente trabóse la pelea con un encarnizamiento extraordinario.

D. García peleó con bravura, sus gentes hicieronlo de igual manera, mas la victoria no pudo ponerse de parte de una causa injusta, y el rey de Navarra cayó acribillado de heridas, falleciendo á los pocos momentos.

Tambien habia sucumbido en aquella fratricida lucha el anciano ayo de D. García, que desesperado por no haber conseguido que su señor desistiera de aquella empresa, buscó la muerte en lo mas récio de la batalla.

D. Fernando recogió el cadáver de su hermano, hízole transportar á Nágera, donde se le enterró en la iglesia de Santa María, y quedándose con dicha ciudad y los pueblos de la derecha del rio Ebro, puso en posesion del resto del reino á su sobrino Sancho, el primogénito de su hermano.

Con esta victoria pudo el rey de Castilla dedicarse de una vez á satisfacer su mas ferviente anhelo, el de cerrar con los infieles y no cejar en aquella especie de cruzada santa.

Hechos los preparativos necesarios, en la primavera de 1055 pasó el Duero y el Tormes, y penetró en las provincias lusitanas que ocupaban los musulmanes.

La fortaleza de Sena, en la provincia de Beira fue tomada por asalto, y dos años despues, en 1057, fué á poner sus reales sobre la importante plaza de Viseo, donde treinta años antes sucumbió Alfonso V de Leon.

Si grandes fueron los esfuerzos de castellanos y leoneses para tomar aquella formidable posicion, con gran bravura y teson defendieronla los sitiados. Los ballesteros árabes tenian una destreza tal y una fuerza tan extraordinaria, que sus flechas traspasaban las mejor templadas armaduras, viéndose obligados los sitiadores á armarse de triples corazas y á forrar de madera sus escudos.

Cuando á fuerza de perseverancia y de valor penetraron los cristianos en la plaza, sufrieron sus defensores la suerte consiguiente á las tomadas por asalto. Casi todos fueron ó pasados á cuchillo ó hechos cautivos, ensañándose Fernando con el musulman que disparó el dardo que mató á Alfonso V, al cual pudo descubrir y á quien hizo sacar los ojos y cortar las manos y un pié.

No tardó mucho tiempo en caer en poder del monarca de Castilla la fuerte plaza de Lamego, desde cuyo punto acometió la empresa de tomar la de Coimbra considerada como inexpugnable, y que era como capital de las posesiones musulmanas en aquella region.

Siete meses duró el asedio, al cabo de los cuales rindiéronse los defensores, dejando Fernando por gobernador en la ciudad á Sisnando, el cual por haber estado cautivo de los moros mucho tiempo conocia perfectamente sus costumbres, y merced á su prudencia consiguió mantener en la poblacion el afecto y el mayor órden entre vencedores y vencidos.

En la primavera siguiente (1059) dirigióse al frente de sus guerreros hácia San Estéban de Gotmaz, tomándola por fuerza de armas, sufriendo la misma suerte Medinaceli, y arrasando castillos y destruyendo fortalezas de infieles; y en 1060, despues de talar los campos de Al-kalaa-en-Nahr (hoy Alcalá de Henares).

Puestos en grande aprieto sus defensores, ingeniéronse para enviar mensajeros al rey Al-Mamum de Toledo, haciéndole presente que de no socorrerles, tal vez á la pérdida de Alcalá siguiera la de gran parte de sus estados.

El toledano comprendió la posibilidad de este caso, y recogiendo cuantas joyas y ricas telas pudo, dirigióse al real del castellano, y rogándole que aceptase aquella ofrenda le suplicó se retirase, comprometiéndose á dejar sus estados bajo su proteccion.

Aquel comprendiendo que ya era tambien llegada la época de los frios y que le convenia regresar á sus hogares, aceptó, y cargado de un cuantioso botín, se dirigió hácia la Tierra de Campos.



D. FERNANDO I RECIBE EN LEON LOS RESTOS DE S. ISIDORO.

CAPÍTULO XXXVIII.

Nuevas campañas del rey D. Fernando I.—Descubrimiento del Sepulcro de San Isidoro.—Muerte del monarca de Castilla.—Distribucion que hizo de sus estados.

Después de las felices campañas contra los moros que hemos narrado en el capítulo anterior, dedicóse Fernando á mejorar el estado de algunas poblaciones de su reino, destruidas ó desmanteladas todavía á consecuencia de las correrías de Almanzor ó de su hijo, según dejamos expuesto.

Zamora era una de las que mas necesitaba que se la atendiera, y á su reedificación dedicóse con extraordinario afán, consiguiendo ver en breve terminadas sus obras.

Después de esto hizo reconstruir la iglesia de San Juan Bautista, en Leon, que Alfonso V habia reedificado de tierra, dedicando para panteon suyo y de su familia, el citado templo.

Para aumentar mas la devoción á él, dispuso enriquecerle con las reliquias de los santos que existían en diversos puntos en que dominaban los infieles.

Para esto, como suponía fundadamente que solo por medio de la fuerza podría obtenerlas, dispuso sus tropas, y penetró en Andalucía por Extremadura, talando los campos y destruyendo todo aquello que no podía conservar.

Ebn-Abed, que reinaba en Sevilla, llenóse de terror á la aproximación de la hueste cristiana, y temeroso de atraer mayores males sobre sus estados tratando de resistir, dirigióse al encuentro de Fernando llevándole ricos presentes.

El castellano antes de aceptar las dones de su enemigo, y de abandonar la empresa que acometiera, consultó con sus prelados y caballeros sobre lo que debería hacer, y la opinion de estos fue que no rehusara, toda vez que el enemigo le rendía parias, y debía usarse la magnanimidad y mansedumbre hasta con los infieles, puesto que de paz venían.

Entonces Fernando accedió, pero á condición de que el sevillano le entregase el cuerpo de la santa virgen y mártir Justa, que yacía en Sevilla.

Ebn-Abed accedió y ajustadas las paces, Fernando regresó á Leon desde donde envió á Sevilla una embajada compuesta del obispo Alvito, de Leon, Ordoño, de Astorga, del conde Munio ó Nuño, y de otros dos caballeros, para recoger el cuerpo de la Santa.

Una vez en la capital de Ebn-Abed, este manifestó á los enviados que por mas pesquisas que hiciera no habia podido descubrir donde estaba sepultada. Los embajadores á su vez practicaron distintas gestiones sin que el resultado les fuese mas favorable.

En este caso, refieren las crónicas, que el obispo Alvito propuso á sus compañeros que por espacio de tres dias rogaran fervorosamente al cielo que les iluminara para descubrir el inestimable tesoro que buscaban.

Hicieronlo así, y parece que durante las tres noches consecutivas se apareció al venerable Prelado en medio de su sueño un anciano ceñida la frente con la mitra episcopal, diciéndole: «Sé que el intento con que tú y tus compañeros habeis venido es el de llevar el cuerpo de la bienaventurada mártir Justa. Mas ten por cierto que la voluntad de Dios es que las reliquias de la Santa que den aquí para consuelo y amparo de esta ciudad. Sin embargo, no quiere la voluntad divina que os volvais con las manos vacías á vuestra patria, pues desde ahora os concedo mi propio cuerpo; tomadle, pues, y llevadle á la corte de Leon.»

El virtuoso Prelado lleno de admiración preguntó entonces quien era, y la aparición le dijo, ser san Isidoro, que en otro tiempo fue obispo de aquella ciudad, indicándole tambien la segunda vez que se le presentó el lugar en que estaba enterrado, hiriendo por tres veces la tierra con el háculo que llevaba, pronosticándole tambien que así que hubiese encontrado sus reliquias adolecería de una enfermedad que le llevaría al sepulcro, para participar con él de la gloria eterna (1).

Del mismo modo que el docto Prelado godo habíalo anunciado, se verificó. Halláronse los restos del Santo en la caja de enebro en que reposaban, esparciendo suavísima fragancia, que percibieron perfectamente todos los circunstantes.

Siete dias después, el obispo Alvito falleció en Sevilla, transportándose su cuerpo lo mismo que el de san Isidoro, á Leon, donde el Rey les hizo un recibimiento suntuoso saliendo él mismo seguido de su esposa, de sus hijos y de toda su corte á recibirlos, acompañándole de igual manera toda la población.

El cuerpo del Santo godo fue depositado en la iglesia de san Juan Bautista que desde aquel mismo momento tomó el nombre y la advocación del ilustre huésped que albergaba en su seno, y el del prelado Alvito fue enterrado en la de Santa María de Regla. Este acontecimiento tuvo lugar en 1063.

El rey de Castilla, aprovechando la concurrencia que con motivo de estas fiestas, habia en Leon, reunió una asamblea compuesta de los mas ilustres varones de ambos reinos, á fin de hacer la partición de sus estados entre todos sus hijos.

D. Fernando que habia dado tantas pruebas de justo y de prudente, parece que en aquellos momentos perdió su habitual prudencia, y la memoria de lo que con él mismo aconteciera.

(1) El monje de Silos que es el primero que se ocupa de este maravilloso acontecimiento, dice varias veces, «Cuento cosas maravillosas pero que recuerdo haber oído á los mismos que las presenciaron.»

Si digno de loor fue el paternal sentimiento que le movió á dar aquel paso, la razon política no puede menos de censurarle, máxime cuando no debía olvidar su propio ejemplo.

Bien ajeno estaba de que con aquel paso que tan justo le parecia, iba á producir rivalidades, envidias y discordias sangrientas que habian de sembrar la perturbacion por espacio de mucho tiempo en aquellos reinos que él mantuviera á costa de tan grandes esfuerzos, en tan dichosa paz.

De acuerdo con los nobles y prelados, á quienes reuniera, dejó á su hijo Sancho, que era el primogénito, el reino de Castilla; á Alfonso, que era su predilecto, el reino de Leon y la tierra de Campos; á García, que era el mas jóven, el reino de Galicia y á sus dos hijas Urraca y Elvira los señoríos absolutos de Zamora y Toro, con todos los monasterios de sus reinos, para que pudieran vivir en el celibato hasta el fin de su vida, si su inclinacion les obligaba á hacerlo así.

Dedicóse con extraordinario afán á enriquecer el templo de San Isidoro, hallando un encanto indefinible en pasarse largas horas en él, mezclando su voz á las de los clérigos que cantaban en el coro, y su mano jamás estuvo cerrada para el menesteroso y el desgraciado.

En el año de 1064, ganoso ya de volver á pelear con los infieles haciéndoles sentir la potencia de sus armas, aderezó su hueste y al frente de ella, á pesar de lo avanzado de su edad, penetró por la antigua Celtiberia, y arrollando cuanto á su paso encontraba, llegó á detenerse ante los muros de Valencia.

Abdelmelik Almudhaffar, el hijo de Abdelaziz, de quien en el capítulo XXXVII hemos hablado, reinaba á la sazón, y su debilidad é impericia no eran la mejor garantía para la salvacion de la ciudad.

Leoneses y castellanos acampaban ante sus muros, cuando un dia dispuso Fernando que su hueste se retirase demostrando el convencimiento que tenia de la inutilidad de sus esfuerzos para ganarla.

Los valencianos cayeron en el lazo que les tendió el astuto castellano. Creyéronle huyendo, y en traje de fiesta salieron de la ciudad para aprovecharse de su confusion.

Corriendo tras él llegaron cerca de Paterna, donde el Rey de Castilla habíales preparado una hábil emboscada, y revolviendo furiosamente contra ellos, causóles un destrozo considerable, pudiendo considerarse muy afortunado Abdelmelik, con poder salvarse por medio de la fuga.

La noticia de esta sorpresa, de que no hablan nuestras crónicas, se debe á los historiadores árabes á quienes ha consultado el erudito Dozy.

Segun ellos, en este tiempo fue cuando Al-Mamum, el de Toledo, temeroso de que la debilidad de su deudo Abdelmelik no produjera mayores males, le hizo encerrar en el castillo de Cuenca, alzándose él con el reino de Valencia tan luego como el rey de Castilla, por la razon que vamos á exponer, se retiró definitivamente de aquella comarca.

Después de su triunfo de Paterna volvió á continuar el cerco de la población, y de tal modo la apretó que ya estaba próxima á rendirse, cuando sintiéndose enfermo, no tuvo mas remedio que dirigirse á Leon donde poco tiempo antes habia hecho trasladar el cuerpo del mártir san Vicente.

Con este motivo y cuando menos lo esperaba, Valencia se vió libre de un enemigo formidable y Al-Mamum se posesionó del reino de su sobrino.

Apenas llegó D. Fernando á Leon, á pesar de lo quebrantada que estaba su salud, dirigióse al templo de San Isidoro donde arrodillado ante los sepulcros de los santos mártires, estuvo orando largo espacio.

Desde allí lleváronle á palacio, y á la media noche volvió á hacerse conducir á la iglesia para asistir á la misa de Natividad, pues era el dia 24 de diciembre de 1065, y revestido de todas las insignias reales, se prosternó ante el altar de san Juan dirigiendo fervorosas preces al cielo.

Entonces con voz entera pronunció estas frases en las cuales probaba tanto su gran sentimiento cristiano cuanto su presencia de ánimo en aquellos momentos solemnes:

«Vuestro es el poder, Señor,—así dijo—vuestro es el reino, vos sois sobre todos los reyes, y todos los imperios del cielo y de la tierra están sujetos á vos. Yo os devuelvo, pues, el que de vos he recibido, y que he conservado todo el tiempo que ha sido vuestra divina voluntad. Ruégoos, Señor, os dignéis sacar mi alma de los abismos de este mundo y recibirla en vuestro seno.»

Después de esto se despojó de las insignias reales, recibió los santos óleos, y prosternado, imploró la misericordia divina.

El tercer dia de Pascua á la hora sexta, dia de la fiesta de san Juan Evangelista, falleció á los treinta y un años de haber ceñido la corona de Castilla, y á los veinte y ocho de haber tomado posesion de la de Leon.

Fernando el Magno le apellida la historia y efectivamente fue de los monarcas que mas gloria han dado á España.



MUERTE DEL REY D. SANCHO II DE CASTILLA.